Cardenal revela estafa del Concilio Vaticano II

(Extracto de las páginas 277-288 del libro “El Cónclave Final”, de Malachi Martin. La acción tiene lugar al comienzo de la Primera Sesión del Cónclave, cuando el Cardenal Koi-Lo-Po cede la palabra al Cardenal estadounidense Henry Walker.)

Mientras Buff llega a su lugar, Koi-Lo-Po grita, evidentemente con cierto placer personal, pues sonríe ampliamente:

— "¡Mi Reverendísimo Señor, Cardenal Henry Walker!"

Adlai Stevenson, quien una vez aceptó una Coca-Cola de Walker, le comentó más tarde a uno de sus ayudantes que "incluso la botella parecía tener un significado especial cuando te la daba". Walker tiene una forma especial de dotar de un significado profundo a la más mínima acción. Así que ahora, mientras camina con dificultad hacia el altar, con algunos papeles en la mano, y luego se gira para hablar, todo parece estar cargado de significado. Anteriormente, este hombre fue el obispo católico romano más culto de su país en los últimos cien años, y probablemente el mejor orador de su generación. Dominante en tres idiomas europeos, profundo estudioso de teología y literatura, un formidable antagonista en una discusión, Walker estaba casi destinado a acabar en Roma. Era de la madera con la que se hacen los hombres de poder. En cierto momento, su reputación de gourmet fue objeto de excesivos comentarios y se le atribuyeron falsamente otros rasgos.

- "Eminentísimo Presidente, he sido delegado para hablar en nombre de un nutrido grupo de Reverendísimos Cardenales Electores, además de muchos Cardenales ausentes, y de numerosos obispos eruditos y piadosos de toda la Iglesia. Y lo que tengo que decir le revelará mucho sobre quienes tienen cosas nuevas que proponernos. Sobre los hombres que han estado aquí y nos han ofrecido sus floridos planes, que comparan con las espinas de nuestras acciones pasadas."

Una mirada de ira arde en los ojos de Walker.

- "Nuestro mensaje a los Electores de este augusto Cónclave es tajante y contundente: tajante y contundente: La voluntad de la mayoría de los obispos que participaron en el Concilio Ecuménico de los años sesenta ha sido tergiversada. Su buena fe ha sido traicionada."

Hay un murmullo general entre los Cardenales. Walker parece estar sediento de sangre, con las armas cargadas.

- "El consentimiento del Consejo de Obispos ha sido utilizado, o mejor dicho, prostituido, con fines que contradicen su intención original..."

Walker es interrumpido por un grito entre los cardenales; nadie parece saber de quién es:

-"¡Nada de sermones sobre conducta moral, por favor, Reverendo!"

Walker le devuelve el dardo.

-"Oh, no se preocupen, mis Eminentes Padres y amigos. Sé a qué se refieren. Sé de qué soy culpable. Lo sé mejor que cualquiera de ustedes. Pero creo en la gracia de nuestro Señor Jesús. Creo que purifica, que reanima el alma, que vivifica el espíritu. Y creo que el Señor Jesús escucha al penitente y que castiga a quienes condenan los pecados de los que ya se han arrepentido."

Otra interrupción:

- "¡Vergüenza, vergüenza!"

- "¡Imiten al Padre Celestial de Su Eminencia!" Walker responde, mirando fijamente en la dirección del grito.

El Cardenal Presidente interviene, recordando a los Electores el decoro y el respeto mutuo que deben observar.

— "Gracias, Eminentísimo Cardenal Presidente, gracias."

Walker se vuelve entonces hacia los Electores.

— "No quiero que tengan ninguna duda sobre lo que ha sucedido, hermanos míos, con la voluntad de nuestro Consejo Ecuménico, especialmente a la luz de los discursos que hemos escuchado esta mañana. Puedo hablar de primera mano porque participé en el Concilio. Es cierto que mis propias ambiciones estaban estrechamente relacionadas con las posturas que adopté. Creo, por Dios, que la acumulación de años

y las miserias corporales que el Señor me ha enviado desde entonces, junto con los años que he pasado en esta Ciudad Sagrada y mis funciones junto al Santo Padre, todo esto ha definido nítidamente en mi memoria todo lo sucedido.

Mira hacia el lugar de donde vinieron esos gritos despectivos hace un rato.

—"En fin, hermanos, tengan por seguro una cosa: no tengo ningún interés personal en este Cónclave. Sería ridículo e ineficaz de mi parte repasar todo el Concilio aquí y ahora. Pero permítanme darles un ejemplo típico para fundamentar mi afirmación de que ha habido engaños, traición y, peor aún, una traición a nuestro deber de preservar y transmitir las sagradas tradiciones de la Iglesia Apostólica.

Walker ya respira con dificultad. Se limpia la cara con un gran pañuelo blanco.

—Todos aquí conocen el documento conocido como la Constitución de la Sagrada Liturgia (CSL). Permítanme mencionar algunos puntos sobre esa CSL.

Se guarda el pañuelo en la manga izquierda.

—Cualquiera que haya participado en el Concilio como yo, en cada sesión, como Terebelski, como Riccioni, como todos nosotros, los veteranos…

Murmullos de "¡Ita!" salen de una docena de gargantas.

—"Todos sabíamos —los 1922 obispos que participaron en la votación— que el Canon de la Misa (la parte central de la Misa Católica Romana) debía, según la voluntad de la gran mayoría de esos 1922 obispos, decirse siempre y permanecer en latín—"

Interrumpe con una mirada incrédula para enfatizar sus palabras. El dramatismo de la pausa capta toda la atención. Ha elegido un punto que ha causado dolor, conflicto y casi un cisma. Su propia voz rompe el silencio.

— "¿Lo sabían? ¿Dije 'los obispos lo sabían'? Seré preciso, hermanos. Los obispos hicieron más. ¡Lo declararon! ¡Lo legislaron! Permítanme citarles:

En el artículo 36 de esa LSC, decían: "*Una ley particular permanece vigente: el uso de la lengua latina se preservará en los ritos latinos*".

«Estas fueron nuestras palabras», y blande un papel en la mano como si se lo ofreciera a todos los presentes para que lo leyeran. «Tengan en cuenta que nosotros, los obispos, lo ordenamos. Usamos el imperativo: *servetur*. No aconsejamos. No recomendamos. No hicimos una declaración insulsa. ¡Ordenamos! Esta fue nuestra voluntad. La voluntad del Concilio. El Concilio Ecuménico. El Canon de la Misa nunca debía decirse en otro idioma que no fuera el latín.»

Ahora bien, todos saben que los obispos del Concilio distinguimos entre las *partes presidenciales* de la Misa —aquellas que conciernen al sacerdote como sacerdote, como sustituto de Jesús— y las *partes populares* —aquellas partes de la Misa que involucran directamente al pueblo, como el Evangelio, la Epístola, las oraciones por el bien común, etc.—.

Y establecimos en ese mismo Artículo 36, párrafo 3 de la LSC que las autoridades competentes debían decidir si —nótese la palabra «si»— la lengua vernácula debía usarse incluso en las partes populares. En otras palabras, en lo que a nosotros, los obispos respecta, la lengua vernácula nunca debe usarse en las *partes populares* ni en las *partes presidenciales*.

—Repito una vez más, fuimos 1922 obispos los que votamos sobre esas mismas palabras. No podría haber sido más claro.

—Ahora bien, ¿qué pasó realmente con nuestra Misa? ¿Con nuestro Canon Latino? Y, debo añadir, ¿con la asistencia a Misa?

El rostro de Walker refleja puro disgusto.

—Bueno, hoy en día existen al menos nueve cánones vernáculos diferentes. ¡No existe ningún canon latino oficial de la Misa! Eso fue lo que pasó.

—¿Pero cómo? ¿Cómo pudo surgir algo tan completamente opuesto a la voluntad del Concilio, y sobre todo cómo pudo surgir en nombre del Concilio?

—Recuerdo que en 1965, justo después de terminar el Concilio, ese monstruo creado con engaños y conspiraciones —me refiero a la Comisión postconciliar creada para implementar nuestra voluntad, la voluntad de los obispos—, esa monstruosa Comisión fue interrogada por unas quince jerarquías nacionales y obispos de Europa, Asia, África y América sobre el canon, el canon latino. ¿Qué respuesta creen que les dio la Comisión? Piensen un momento. Lo dejo a su imaginación, reverendos padres.

Walker sonríe con ironía. Pero si lo hiciera, probablemente sería tergiversado por los enemigos de la Misa. La respuesta que la Comisión dio constantemente fue: '*Nunca se concederá permiso para abandonar el latín y traducir el Canon a las diversas lenguas vernáculas*'. Esto, con su permiso, fue lo que nos dijeron. Así que todos nos fuimos a casa satisfechos.

El Cardenal Thule se pone de pie para una cuestión de orden.

—"¿Puede el Eminente Cardenal fundamentar estas declaraciones?"

La agitación de Thule es evidente.

—"La tengo aquí en una carta grabada con el escudo de armas y la dirección romana de la Comisión; está fechada el 22 de diciembre de 1965..."

—Los Electores no pueden ver la carta, Reverendo Hermano...

—¡La tengo en la mano! —bramó Walker, agitando con mal humor una hoja de papel. Y usted y los demás pueden tener veinte copias a mi costa, si así lo desean...

—Sí, pero ¿quién firmó esa carta, Eminente Hermano?

Quizás provenía de algún cargo inferior de la Comisión que...

—Está firmada —dijo Walker con voz áspera— por el Arzobispo que entonces presidía la Comisión.

Alza la vista y observa a los Electores con expresión de disgusto. El silencio entre los Cardenales es sepulcral. -Ese arzobispo fue el hombre a quien Pablo se vio obligado a despedir de la Comisión de Liturgia. Las razones fueron muy graves.

— "Y más sobre el arzobispo en breve."

Walker vuelve a abordar su tema principal.

-"¿Cómo sucedió entonces, hermanos míos, que la voluntad expresa de la mayoría de los obispos fuera directamente contradicha y contravenida?"

Thule se pone de pie de nuevo.

-"Creo que está bastante claro que los miembros de la Comisión consultaron a los obispos una vez finalizado el Concilio, y que simplemente formularon un deseo general de..."

-"Sucedió, mi querido y venerable hermano", la voz retumbante de Walker ahoga la de Thule, "porque se decidió a puerta cerrada entre media docena de obispos, tres cardenales —entre los que se encontraba mi venerable hermano, por cierto— y un selecto grupo de teólogos, los periti. ¿Recuerdan a los periti del Concilio? ¿De verdad?

Walker los mira a todos como un león viejo, sacudiendo la cabeza y fulminando con la mirada a cada par de ojos. "¿De verdad?"

Buff se pone de pie:

-"Quiero recordarles a mis colegas que los periti fueron elegidos por obispos individuales por su dominio de la tradición y su conocimiento teológico. Y además..."

"No necesitamos una lección de Su Eminencia sobre el significado de la palabra 'periti'.

El sarcasmo de Walker es tan autoritario como su ira. "Periti". Pronuncia la palabra como si tuviera un sonido extraño y un significado aún más extraño. "Claro que si. Alguien versado en algo. En este caso, en teología. Todos los obispos del Concilio teníamos nuestros periti. Pero los periti en esta reunión a puerta cerrada eran más que simples asesores en teología. Por cierto, debería decir reuniones, pero hubo una reunión particularmente crucial sobre lo que mi Eminente Hermano sabe más que cualquiera de nosotros". Mira de nuevo a Thule.

Thule había celebrado una reunión especial con los periti más progresistas del Concilio; y entre ellos se decidió que debían intentar colocar "bombas de tiempo" doctrinales en el texto de los documentos del Concilio que el obispo aprobaría. Una bomba de tiempo, en este sentido, era una frase susceptible de más de una interpretación. Para los obispos, tal frase tendría un significado.
Pero más tarde, como ocurrió de hecho, la Comisión daría otro significado, a veces totalmente diferente, a la frase aparentemente inocua. Walker ha causado consternación en el Cónclave. Al menos cuatro o cinco cardenales, principalmente latinoamericanos, están de pie intentando obtener permiso para intervenir.

Uno, Márquez, lo consigue.

—"Nuestro hermano, el cardenal Walker, tendrá que asegurarse de tener pruebas de esta grave acusación".

—"Está todo aquí, mi Eminentísimo Hermano, está todo aquí".

Walker levanta otro fajo de papeles. Sonríe, pero no de forma agradable.

—"Esto me costó mucho trabajo. Veamos", hojea unas cuantas páginas. "¡Ah, sí!". Hace una pausa mientras lee los nombres de los peritos más controvertidos y modernistas del Concilio Vaticano.

—"¿Está diciendo nuestro Eminente Hermano", insiste Márquez, insistiendo a Walker hasta el final, "que hubo una especie de acuerdo entre estos hombres y otros aún no nombrados?"

—Sí. ¡Lo estoy! Aunque todos los presentes ya habían comprendido el significado de lo que decía Walker, su afirmación final de que no había habido nada menos que un complot para sobornar la voluntad del Consejo sigue siendo una bomba.

El Presidente no logra que los Cardenales guarden orden.

Walker casi tiene que gritar para que le escuchen.

—Digo precisamente eso, Reverendo Hermano. Había un plan cohesivo y predeterminado, establecido por un pequeño grupo de Obispos y peritos, un plan que ahora conocemos en detalle, un plan que se ha seguido meticulosamente.

—Debemos saber, Eminentes Hermanos —dijo Thule con un desafío flagrante—, debemos saber cuáles son los detalles de esta conspiración, de este plan.

— ¡Muy bien! Primero: Coloquen las bombas de tiempo, esas declaraciones ambiguas, en los documentos conciliares. En nuestra LSC oficial, por ejemplo, una declaración como la del Artículo 21 que dice:

«*La Liturgia está compuesta de elementos inmutables divinamente instituidos y elementos sujetos a cambio*». O, en el Artículo 33: «S*i bien la sagrada Liturgia es ante todo el culto a la Divina Majestad, también contiene abundante instrucción para los fieles*». O, en el Artículo 38: «*La revisión de los libros litúrgicos debe permitir variaciones y adaptaciones legítimas a los diferentes grupos, regiones y pueblos, especialmente en tierras de misión*».

—Ahora bien, Padres, nosotros, los obispos, entendíamos todas estas declaraciones en un sentido conservador y tradicionalista. El primer paso era incluirlas en los documentos oficiales.

Segundo paso: Llenar la Comisión postconciliar, creada para implementar nuestras decisiones, con personas capaces de detonar las bombas de tiempo. El secretario general de la Comisión postconciliar era Bugnini, Hannibal Bugnini.

Tercer paso: En nombre del Concilio —ahora disuelto y disperso por todos lados—, emitir una serie de decretos que ordenen cambios. Y coordinar estos nuevos y revolucionarios decretos con los cambios extraoficiales y unilaterales iniciados por obispos, peritos y sacerdotes complacientes y conspiradores en varias diócesis de la Iglesia...

— "Repito, espero que el Eminente Cardenal pueda fundamentar todo esto con documentos, probados y autenticados". Es Thule. Y está visiblemente agitado.

—"Su Eminencia tiene una copia de todos los documentos que tengo en mis manos, y de todas las cartas entre Su Eminencia, los peritos y el Arzobispo a cargo de la Comisión y..." El Cardenal Thule se levanta para interrumpir de nuevo a Walker, pero esta vez interviene el Presidente;

—"Por favor, permita que el Cardenal continúe." Walker mira a su alrededor con furia y luego continúa.

"Cuarto paso: Traducir el Canon de la Misa a la lengua vernácula en todas partes. Y prohibir, repito, prohibir el latín en todas partes. Y traducir todos los libros litúrgicos a la lengua vernácula.

"Quinto paso: Adaptar la Liturgia de la Misa a todas y cada una de las regiones, localidades e idiomas, de modo que ya no haya uniformidad en todo el mundo. Y adaptarla de modo que en todas partes no se considere una participación en el Sacrificio de Jesús en el Calvario. En cambio, se conciba como una comida comunitaria de confraternidad con énfasis en la Biblia, particularmente en el Antiguo Testamento, y en los problemas sociales. Y dejar que los laicos, no los sacerdotes, asuman las funciones principales. “El sacerdote debe ser simplemente un maestro de ceremonias”.

—¿Qué tiene todo esto que ver con la grave decisión que tenemos entre manos? —pregunta Thule, adoptando un enfoque diferente para desbaratar el argumento de Walker.

—Hermanos míos —interpela Walker casi con un gemido—, ¿por qué les cuento todo esto? Simplemente para decirles que la voluntad del Concilio ha sido prostituida y, con ella, todo el acto de su fe católica, el Sacrificio de la Santa Misa. Y para decirles que, en este momento crucial, no debemos confiar en las proposiciones de quienes estuvieron implicados en tan monumental engaño y corrupción.

—¿Pero cómo puede el Cardenal ignorar la renovación que ha seguido al Concilio?

Thule no está preparado para la tormenta que se desata a su alrededor.

—¿Renovación? —grita Walker—. ¿Renovación?

Se lanza contra Thule con un torrente de palabras.

—Déjenme decirles lo que ha significado su renovación. Veamos algunos datos concretos." Revisa rápidamente algunos papeles sobre su mesa.

"La renovación debería significar, principalmente, un mayor celo por la misa, ¿eh? Una mayor asistencia a la misa, ¿eh? Y más interés en los sacramentos, ¿eh? Y una función cada vez más influyente del sacerdote, ¿eh? Mayores, o al menos, constantes conversiones a la Iglesia, ¿eh? Después de todo, estas son las señales de la renovación. ¿De qué otra manera se puede hablar de renovación si no es en esos términos?

"Bueno, miren los datos desde 1965, cuando nuestros amigos iniciaron esta maldita renovación, esta supuesta reforma litúrgica. La asistencia a misa desde 1965 ha disminuido. ¡Enormemente! Inglaterra y Gales un 16%. Francia un 66%. Italia un 50%. Estados Unidos un 30%. Renovación, ¿eh?

"Y las vocaciones sacerdotales. De nuevo, declive. Inglaterra y Gales un 25%, Francia un 47%, Holanda un 97%. ¡Holanda! ¡La Iglesia modelo, donde todos los seminarios han estado cerrados desde 1970! Italia un 45%. EE. UU. un 64%. ¡Renovación! Y bautismos. ¡De nuevo en declive! Inglaterra y Gales un 59%, EE. UU. Un 49%.

¿Monjas? Un descenso del 24,6% en toda la Iglesia. Desde 1965, 35.000 monjas han abandonado el convento.

Y 14.000 sacerdotes abandonaron el sacerdocio.

"¿Renovación? ¿Necesito extenderme? Y estas son solo lecturas al azar. Cualquiera de mis eminentes colegas puede tener una copia de estos documentos". Tira los papeles sobre la mesa del presidente.

Luego se gira para mirar a Thule y Buff.

-"¿Y saben? Hay un giro curioso en todo esto. Y no me refiero a misas pop, misas con marihuana, misas con galletas y whisky en lugar de pan y vino, misas de adolescentes con Coca-Cola y bollos de Pascua; ¡todo forma parte de su renovación, mis eminentes hermanos! ¿Se dan cuenta de que la misa en latín es la única versión de la misa que generalmente no se permite? ¿Solo se permite con un permiso especial?

¿Cómo lo creen? ¡Pueden tener la misa en cualquier idioma EXCEPTO!!! —rugió la palabra— ¡en latín!

Y el arzobispo Lefebvre y sus tradicionalistas son vapuleados por objetar, mientras que los conspiradores —sí, conspiradores— ni siquiera son regañados.

Walker ve a Buff y a Márquez listos para ponerse de pie, pero levanta la mano.

—Terminaré en un rato. Por favor, déjenme terminar, eminentes hermanos.

—En cuanto a los demás cambios en la misa, ¡qué sorpresa!

¡Todos! Walker se refiere a los numerosos pequeños cambios en las palabras y el ritual del culto católico y en las leyes de la Iglesia que se han impuesto a los católicos romanos durante los últimos doce años. —Los obispos nunca decretamos la Comunión en la mano, por ejemplo.

Nunca decretamos que el sacerdote debiera estar de cara al pueblo.

Nunca decretamos que se usara una mesa —de nuevo, esa idea de una comida y no de un Sacrificio sagrado— en lugar de un altar.

Debatimos sobre estos temas en el Concilio y decidimos en contra de cada uno de ellos.

¿Por qué no se nos volvió a preguntar? ¿Quién decidió lo contrario? Les diré: ese pequeño grupo de peritos, apoyado por algunos obispos y cardenales.
Buff finalmente interviene:

— "Diga lo que quiera, Eminencia, no creo prudente insistir en que estos cambios fueron el resultado de un plan deliberado…"

— "Ahora bien, ¿por qué, Eminente Hermano, persiste en decir cosas así? ¿Por qué? ¿Tiene miedo? ¿Y puede alguno de mis Eminentes Hermanos seguir pensando que todo esto no fue deliberado?"

— "Pero sugerir que hubo algún tipo de plan nefasto..."

— "Sí, sí lo creo, Eminente Hermano. Sí. Lo creo. Y hago más que eso. Señalo con el dedo a esos obispos y cardenales que han adquirido membresías —membresías lucrativas, por cierto— en organizaciones, clubes y similares anticatólicos y anticristianos."

Thule se pone de pie.

— "Creo que en un caso tan grave, no solo se necesitan pruebas documentales, sino que Su Eminencia debería haber alertado a las autoridades hace mucho tiempo."

—"Bueno, de hecho", responde Walker, casi chasqueando los labios, "de hecho, tengo la prueba documental en mis manos; pueden quedársela si quieren.
Y de hecho, el Camarlengo la tiene desde hace más de tres años". Luego, dirigiéndose a todo el grupo, "¿Por qué no lo sabían? Bueno...", mira al Camarlengo. "Razones de Estado, quizás...".

—"Mi señor Cardenal Buff nos preguntó hace unos momentos cómo ha llegado la Iglesia a este punto. Me doy cuenta de que no pretendía que la pregunta se respondiera exactamente de esta manera, pero creo que les he dado un ejemplo de cómo hemos llegado a este punto. Y permítanme responder a su siguiente pregunta:

— Sí, es hora de romper con el pasado. No como Su Eminencia pretendía, quizás. Pero en este sentido: Que todos actuemos con total franqueza durante este Cónclave.

Mira a su alrededor, repasando todos los rostros.

—"Porque, que todos estén al tanto: Tenemos un deber sagrado: elegir un sucesor de Pedro y un Vicario para el Señor Jesús. Me abstengo deliberadamente de hacer más comentarios por el momento. Pero, repito, que todos estén al tanto: Lucharemos contra cualquier intento de cualquier persona —es decir, de cualquiera fuera del Cónclave— de ejercer la más mínima influencia en la elección de ese sucesor y ese Vicario. ¡Que Dios me ayude!"

Esta última declaración, su violencia y la implicación de colusión entre algunos cardenales y poderes externos, provoca una oleada de murmullos y comentarios.

Alguien desde atrás grita:

—"¿Vetos a las elecciones? ¿Insinúas que alguien está infringiendo la ley del Cónclave al imponer un veto entre nosotros?"

En la historia pasada de los Cónclaves, varios gobiernos recibían el derecho de los Papas de vetar un papabile indeseable; y los Cardenales acudían con una orden de su Rey o Emperador que impedía que tal o cual Cardenal fuera elegido Papa.

—"¿Vetos? ¿Vetos? ¿Quién habla de vetos? ¿Y qué es, en definitiva, un veto? ¿No han traído todos algún tipo de veto? ¡Los mejores de nosotros! "¿Crees que mi Eminentísimo Hermano, Mi Señor, el Cardenal Artel, va a sancionar o presionar a un candidato que sabe que es inaceptable para la Administración Carter? ¿O que el Cardenal Delacoste va a apoyar a alguien inaceptable para los presentes en el Palacio del Elíseo? ¿O que el Cardenal Franzus va a apoyar a alguien inaceptable para Moscú? ¡Franqueza, Hermanos! Debemos proceder con franqueza.

"Ahora bien, por supuesto, estos Eminentes y Reverendos Cardenales solo saben que alguien es inaceptable. No han recibido instrucciones de sus gobiernos para tomar ninguna medida. Ningún funcionario del gobierno les ha dicho que veten a un candidato en particular. ¡Pero no seamos ingenuos!"

— "Exijo, Reverendo Señor Cardenal Presidente", interviene Márquez con enfado, "que el Eminente Cardenal aclare la situación y sus palabras. ¿Quiere decir que los masones tienen algo que ver con nuestro Cónclave, o que algunas de las superpotencias tienen influencia a puerta cerrada aquí hoy?"

— "No. No me refiero a los masones principalmente, ni siquiera secundariamente, aunque, mi Eminente Hermano, ¿quién de nosotros negaría que el Gran Oriente no mueve los hilos de algún titiritero aquí dentro de nuestro Cónclave?

- "No. Es algo mucho más siniestro. Existe en el mundo humano, en la sociedad de hombres y mujeres, ya sea en los Estados Unidos, en Suiza, en la URSS, entre las naciones de África y Latinoamérica, una organización más amplia, más sutil y de mayor alcance de hombres particulares que no son leales a ningún país en particular, sino a principios muy particulares, según los cuales tienen en mente un destino muy particular para, entre otras instituciones, esta Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Para ellos, los masones son marionetas. Y los marxistas son marionetas, además de ser impedimentos temporales para el desarrollo de su voluntad e intención.

Walker se detiene. Sus labios se mueven, su mirada momentáneamente fija al techo de la Sala del Cónclave.

Mientras permanece en silencio, un silencio se abate también sobre los cardenales, fascinados y atónitos.

Tras unos segundos, Walker habla en voz muy baja.

— "Que Cristo tenga piedad de todos nosotros, para que tomemos las decisiones correctas en este Cónclave. Porque de nosotros y de nadie más depende la vida y la muerte de millones. Y la paz o la agonía de esta Iglesia. Y la perseverancia de muchos cristianos. Que Dios tenga piedad de nosotros y nos ilumine."

Hace una reverencia a los presidentes.

Un cardenal le comenta a su vecino: "¡Pensar que Hank Walker lucharía por las viejas banderas! ¿Quién lo hubiera dicho?". No es el único que piensa lo mismo. Pero este Cónclave es sorprendente en muchos sentidos.

Con el rabillo del ojo, mientras Walker regresa a su asiento, capta el borrón color chocolate del rostro del cardenal Coutinho. Coutinho es un viejo amigo. En los rostros de Thule, Franzus, Buff y Marquez se percibe una mezcla de ira y determinación. La mayoría de los Electores no han asimilado todo lo que Walker les ha dicho.

Pero, aun así, hay una sensación de renovación entre ellos. Por primera vez desde el inicio del Cónclave, cada Cardenal ha comenzado a sentir la verdadera atracción y el empuje de un Cónclave Papal.

Los grandes asuntos ahora ocupan la primera plana de sus mentes.

- o -

(Traducido de El Cónclave Final 1978, 1.ª edición, de Corgi Books, páginas 277-288)